

Ruth Ferrero Turrión

Profesora de Ciencia Política y
Estudios Europeos



Profesora contratada doctora de Ciencia Política y Estudios Europeos en la Universidad Complutense de Madrid e investigadora asociada en el Instituto Complutense de Estudios Internacionales en la Universidad Complutense (ICEI-UCM).

Ha sido Premio de Investigación en Estudios Europeos de la Fundación Europea e Iberoamericana de Yuste en 2019. Tiene un Doctorado Internacional en Ciencia Política y Relaciones Internacionales por la UCM y un MPhil en Estudios de Europa del Este (UNED), licenciada en Ciencias Políticas y Sociología por las universidades Complutense y Newcastle upon Tyne, un posgrado en Ciencia Política y Derecho Constitucional en el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, así como un Diploma de Especialización en Unión Europea otorgado por la Escuela Diplomática. Es miembro de los Grupos de Investigación “GEMI de Migraciones Internacionales” y “Aplicación del Derecho Internacional” en la UCM, y del Grupo “Política y Gobierno de la UE” en la UAM.

Ha trabajado como asesora de Políticas Públicas en distintos puestos de la Administración General del Estado en temas relacionados con políticas migratorias y Unión Europea y en el RELEX de la Comisión Europea.

SILICON VALLEY CONTRA EL ESTADO: TECNOLIBERTARIOS, TRUMP Y LA BATALLA POR EL FUTURO POLÍTICO

Ruth Ferrero Turrión

Estados Unidos, cuna del capitalismo liberal y del constitucionalismo moderno, enfrenta hoy una paradoja: mientras conserva su aparato democrático formal — elecciones libres, división de poderes, prensa independiente—, ve cómo su tejido político se erosiona desde una nueva dimensión: la digital. Esta erosión no se debe únicamente a la polarización ideológica o a las fallas institucionales, sino a la consolidación de un nuevo régimen económico y político que algunos autores han denominado *tecnofeudalismo*.

Este artículo explora cómo el poder concentrado de las plataformas tecnológicas en Estados Unidos ha generado un ecosistema digital que desafía directamente los principios democráticos, reemplazando el espacio público por feudos digitales y al ciudadano soberano por el usuario vigilado, y cómo esta dinámica ha impactado directamente en las fuentes del poder y de la estructura democrática estadounidense de la mano de Donald Trump. Algunas de las cuestiones abordadas a continuación ofrecerán claves para comprender ciertas actuaciones globales actuales.

1

¿De qué hablamos cuando hablamos de tecnofeudalismo y qué significa?

A lo largo de los últimos años, el término *tecnofeudalismo* ha ganado protagonismo como una crítica radical a la economía digital contemporánea. Intelectuales como Yanis Varoufakis, Shoshana Zuboff, Evgeny Morozov y Cory Doctorow advierten que las dinámicas de las grandes tecnológicas en Estados Unidos no solo redefinen el capitalismo, sino que amenazan con establecer un nuevo régimen de poder basado en el control de datos, plataformas y algoritmos.

El tecnofeudalismo continúa la línea marcada por otro concepto, el del capitalismo tardío, popularizada por teóricos como Ernest Mandel y, más tarde, Fredric Jameson, para describir una fase del capitalismo caracterizada por la financiarización, la desmaterialización de la producción y la globalización de los mercados. En esta etapa —aproximadamente desde los años 70— el capital se separa progresivamente de la industria productiva, volviéndose especulativo, basado en información y altamente dependiente de la innovación tecnológica. Sin embargo, desde la década de 2010 en adelante, esta lógica parece haber mutado hacia algo cualitativamente distinto: un sistema donde la principal forma de acumulación no se da a través de la producción de bienes o la explotación laboral directa, sino por el control de infraestructuras digitales y la extracción de datos. En este nuevo régimen, la riqueza no emana tanto del trabajo humano como de la *plataformización del acceso a la vida misma*.

Si el capitalismo industrial se organizaba en torno al control de los medios de producción el tecnofeudalismo, por el contrario, se articula en torno al control de los medios de acceso: plataformas digitales que monopolizan rutas hacia el conocimiento, el consumo, las relaciones y el trabajo. Amazon no es simplemente un minorista, sino el gestor de una infraestructura esencial para la vida económica; Google no es solo un buscador, sino la puerta de entrada al saber; Facebook no es una red social, sino el marco donde ocurre la interacción social digital. De este modo, las plataformas se convierten en los nuevos actores intermediarios y son las que controlan, cada vez más, las condiciones de interacción entre productores, consumidores, anunciantes y ciudadanos (Srnicek 48). Se trata, de este modo, de regímenes de gobernanza privada que deciden los niveles de visibilidad y las condiciones requeridas para acceder a bienes y servicios.

El tecnofeudalismo propone un nuevo orden mundial posliberal en el que los polos de poder se organizan en torno a redes, datos y plataformas

Así, en lugar de extraer plusvalía a través del trabajo asalariado tradicional, las plataformas digitales generan rentas monopolísticas a través del control de ecosistemas cerrados. A diferencia del capitalismo clásico —que dependía del dinamismo de la competencia—, el tecnofeudalismo está marcado por el estancamiento, la concentración y la dependencia. Ya no se compite por los beneficios, los señores digitales cobran rentas por el uso de sus dominios, es decir, no hay producción sino accesos (Varoufakis 33). Una de las claves de esta nomenclatura tiene que ver, además, no solo con la misma privatización del espacio público, sino con su fragmentación o feudalización y por la sustitución del proceso democrático por regímenes de control algorítmico (Morozov). Todo ello provoca la creación de burbujas informativas (Sunstein) que generan cajas de resonancia, confirmaciones

de sesgo, incrementan la polarización social y, en muchos casos, generan una desafección creciente en las cuestiones vinculadas a lo público.

Pero el tecnofeudalismo no está acotado localmente, sino que propone un nuevo orden mundial posliberal en el que los polos de poder ya no se organizan según fronteras geográficas ni sistemas políticos, sino en torno a redes, datos y plataformas, afectando de manera clara y avanzando hacia un nuevo ecosistema de relaciones entre actores estatales y no estatales que ya comenzaba a quedar apuntado durante el periodo de la globalización feliz, pero que ahora se acentúa de manera mucho más radical.

De este modo, mientras los Estados continúan perdiendo capacidad efectiva para la imposición de regulaciones a las tecnológicas globales, estas plataformas construyen su propia forma de soberanía funcional. Ya no se trata de territorios, sino de *espacios de dependencia digital* donde se ejerce poder sin representación. Apple puede censurar aplicaciones, Google puede silenciar voces, Amazon puede excluir proveedores del mercado. En definitiva, el resultado son actos con efectos soberanos, pero sin legitimidad democrática y, además, son globales.

Igualmente, el capital ya no reside en fábricas o tierras, sino en infraestructuras digitales cerradas (servidores, nubes, códigos, algoritmos, patentes) y en el control de entornos relacionales. Esto genera una asimetría estructural entre quienes poseen las plataformas y quienes solo acceden a ellas condicionalmente. En este punto se producen fracturas también entre las elites económicas. Frente a las más tecnológicas y globalizadas se sitúan las más tradicionales y proteccionistas, que ven cómo peligra su posición de privilegio.

Y, claro, dentro del nuevo paradigma propuesto, los principios liberales tradicionales pierden vigencia y eficacia frente a los sistemas privados de gobernanza digital que ponen el acento en la eficiencia y la rentabilidad por encima de todo. Lo que diferencia el paradigma tecnofeudal del mito del libre mercado es la creación de monopolios estructurales, puesto que, una vez que una plataforma domina un sector, es la “puerta” obligada para poder participar.

Y en toda esta propuesta es donde hacen su aparición los actores políticos de este nuevo planteamiento de organización social, los tecnolibertarios que se adscriben en lo ideológico a una suerte de libertarismo clásico (máxima libertad individual y mínimo Estado), y en lo económico a una fe sin límites en la tecnología como la clave para resolver problemas económicos, sociales y políticos. Esta propuesta de nuevo orden social, político y económico y los actores que lo acompañan son esenciales para comprender el ecosistema político y económico actual estadounidense.



Jeff Bezos, fundador de Amazon y la empresa espacial privada Blue Origin en una visita en la base de la Fuerza Aérea de Los Ángeles en 2017.

Foto: Van Ha (dominio público)

2

Estados Unidos: la alianza estratégica entre trumpismo y tecnolibertarismo

La irrupción del populismo de derechas liderado por Donald Trump coincidió con una transformación profunda del ecosistema tecnológico estadounidense. Al mismo tiempo que Trump ascendía en la política con un discurso anti-élite, anti-globalización y nacionalista, una parte del

mundo tecnológico —los llamados tecnolibertarios— comenzaba a cuestionar abiertamente el poder del Estado, las normas establecidas del discurso público y la hegemonía cultural del progresismo liberal.

Aunque pueda parecer contradictoria, la relación entre los tecnolibertarios y Trump se ha caracterizado por una alianza táctica y no ideológica, forjada en torno a enemigos comunes más que a una visión compartida del futuro.

Durante ese primer periodo caracterizado por un enfoque nacionalista y proteccionista, la Administración chocó abiertamente con el poder creciente de estas corporaciones tecnológicas, muchas de las cuales se identifican con una agenda globalista y liberal. Fue este un periodo tenso y contradictorio en las relaciones entre la Casa Blanca y Silicon Valley. Si bien ambos compartían algunos intereses económicos (desregulación y recortes fiscales), lo cierto es que hubo



Donald Trump y Elon Musk junto a un coche de la marca Tesla frente a La Casa Blanca, en marzo de 2025.

Foto: White House

profundos desacuerdos ideológicos —especialmente en temas como la inmigración, el cambio climático, la libertad de expresión y, claro, el control del discurso en redes sociales—, parte de estas controversias se han vuelto a reproducir en los primeros meses de su segundo mandato. Así, durante ese periodo, Trump lanzó críticas frecuentes hacia gigantes como Google, Facebook y X (antes Twitter), acusándolas de sesgo político y de interferir en la democracia.

Tanto los tecnolibertarios como Donald Trump comparten un profundo desprecio por las instituciones tradicionales, desde los medios de comunicación hasta los organismos gubernamentales. Este terreno común se expresó con claridad en 2016,

cuando Peter Thiel, cofundador de PayPal y figura destacada del pensamiento tecnolibertario, rompió el consenso del Silicon Valley y ofreció su respaldo público a Trump en la Convención Nacional Republicana. Para Thiel, la candidatura de Trump era una oportunidad para romper con un sistema estancado y hostil a la innovación radical.

El apoyo tecnolibertario no se debía tanto a la adhesión al ideario de Trump, sino a la esperanza de que su irrupción favoreciera un “colapso creativo” del orden institucional, un espacio fértil para que nuevas formas de gobernanza, finanzas y autonomía individual —como las promovidas por las criptomonedas o las ciudades privadas— ganaran terreno.

Sin embargo, las diferencias fundamentales entre el proyecto trumpista y la visión tecnolibertaria no tardaron en hacerse evidentes. El tecnolibertarismo se basa en la soberanía del

Lo que era inicialmente una alianza táctica comenzó a tener efectos estructurales en el ecosistema digital: una Internet más fragmentada, con espacios paralelos de pensamiento anti-sistema

individuo, la descentralización del poder y una economía de mercado sin interferencias estatales. En cambio, Trump promueve una visión nacionalista, proteccionista y profundamente intervencionista en temas como comercio, inmigración o moral pública.

Mientras los tecnolibertarios buscan “salidas del sistema” —como ciudades flotantes, *seasteading*, criptoconomías o redes sociales descentralizadas—, Trump, por su parte apela al control del aparato estatal para restaurar un orden conservador. Esta contradicción ha generado una creciente distancia pragmática entre ambas corrientes, aunque sin cortar del todo los lazos.

Durante su primer mandato (2017-2021) Trump intentó ejercer presión regulatoria, por ejemplo, a través de órdenes ejecutivas para limitar el poder de las grandes tecnológicas (como la propuesta de modificar la Sección 230 de la Ley de Decencia en las Comunicaciones), y su Administración también mostró ambivalencia. Por un lado, promovía la soberanía digital en términos de control estatal; por otro, facilitaba políticas que beneficiaban la expansión empresarial, como recortes impositivos y desregulación general. En este contexto quedaba perfectamente reflejada una tensión interna, donde el Estado busca mantener su autoridad, pero al mismo tiempo depende del crecimiento y la influencia económica de estas corporaciones tecnológicas. Esta tensión llevó incluso al bloqueo de las cuentas de Trump en redes sociales en 2021, donde muchos tecnolibertarios vieron confirmadas sus advertencias sobre el peligro de la censura digital.

De ahí surgieron otras plataformas alternativas (Gab, Truth Social, Nostr) y redes descentralizadas, alineadas con el ideario tecnolibertario, aunque muchas veces ligadas a la base trumpista.

De este modo, se implantó una suerte de relación simbiótica entre la Administración y los dueños de las principales plataformas digitales que impactó de manera directa en el campo electoral. Fue en ese momento cuando, como apunta Morozov, las plataformas comenzaron a ejercer como actores políticos y no meramente económicos. De este modo jugaron un papel central desde ese momento en la difusión de propaganda, *fake news* y campañas de desinformación, fenómenos que la Administración acusó, aunque también supo aprovechar para movilizar su base electoral. De esta manera, lo que era inicialmente una alianza táctica comenzó a tener efectos estructurales en el ecosistema digital: una Internet más fragmentada, con espacios paralelos de pensamiento anti-sistema.

Así, durante ese primer mandato de Trump quedaron en evidencia las limitaciones del Estado-nación para controlar los flujos digitales y las narrativas públicas (Bratton). La Administración quedó atrapada en un sistema donde las tecnologías que prometen innovación y crecimiento también generan nuevas formas de dependencia y fragmentación social.

3

La segunda Administración Trump: alianza táctica y ruptura dramática con Musk

La segunda Administración Trump sorprendía a propios y extraños cuando se vio durante su toma de posesión como presidente la presencia ingente de todos los grandes “señores feudales tecnológicos”. Al contrario que durante su primer mandato, en esta ocasión no hubo fisuras en otorgarle su apoyo, incluso de alguno especialmente crítico, como fue el caso del dueño de Facebook, Mark Zuckerberg. La proximidad más que evidente entre Trump y Musk hizo incluso pensar en la posibilidad de que fuera él y no J.D. Vance su verdadero delfín.

Y, sin embargo, la relación entre los tecnolibertarios y Trump nunca ha sido estable ni lineal. La tensión interna se resume entre aquellas que quieren rehacer el mundo desde Silicon Valley y quienes quieren “recuperar” la nación desde Washington. Los tecnolibertarios ven a Trump más como síntoma que como solución: una figura que desestabiliza el sistema, abriendo posibilidades para otros modelos de orden. Pero la mayoría no desea una restauración autoritaria ni una vuelta al pasado. Lo que buscan es escapar del tablero político tradicional, no dominarlo. Los tecnolibertarios, de este modo, no pueden ser considerados en ningún caso como trumpistas tradicionales, si bien convergen en algunos aspectos de manera táctica tales como el rechazo del Estado regulador, la crítica a los medios de comunicación tradicionales o la defensa de la libertad de expresión sin restricciones. La figura de Elon Musk ha sido, en este sentido, la más paradigmática de todas ellas.

Es en la disputa entre Trump y Musk donde mejor quedan reflejadas las tensiones que se viven en estos momentos dentro del marco de la derecha estadounidense: por un lado, la derecha libertaria tecnológica, representada por figuras como Elon Musk, y por otro, la derecha nacionalista y proteccionista, encarnada en la figura política de Donald Trump. Esta lucha refleja no solo diferencias políticas, sino una disputa sobre el papel de la tecnología, el mercado y la soberanía en el proyecto estadounidense.

Elon Musk personifica como nadie una versión de derecha que apuesta por la minimización del Estado, la desregulación del mercado digital y la supremacía de las innovaciones tecnológicas. Su defensa de la “libertad de expresión” en plataformas digitales y su enfoque en la colonización espacial reflejan una visión futurista y globalista donde la tecnología es un vector esencial de progreso y libertad individual. Musk encarna esta tendencia, buscando que sus empresas (Tesla, SpaceX, X) actúen como entes casi soberanos, con autonomía para definir normas y ejercer control. Por su parte, Donald Trump representa una corriente política que enfatiza la soberanía nacional, el proteccionismo económico y el control estatal sobre flujos migratorios y comerciales. Esta derecha desconfía de las élites globales y tecnológicas, percibidas como una amenaza para la identidad nacional y la autonomía económica de Estados Unidos.

Las tensiones entre ambos parecen evidentes, si bien durante los primeros meses del segundo mandato de Trump consiguieron focalizarse en aquello que les permitía una alianza táctica y estratégica ganadora: el rechazo al progresismo y a algunos aspectos del liberalismo clásico les unieron. Cuando aparecieron las cuestiones sobre las que

divergían, la tecnología y la globalización, el cisma fue inmediato.

Y eso tuvo lugar apenas 130 días después de la toma de posesión de Trump. Los problemas entre estas dos visiones del mundo comenzaron hace semanas. Dos hechos han sido los que han marcado esta ruptura. El primero, la polémica en torno a las visas H-1B, las que atañen a la inmigración altamente cualificada de la que Musk es un firme defensor. Durante las primeras semanas del mandato de Trump, la nueva Administración propuso reformas que permitieran agilizar la inmigración de personal altamente cualificado. La idea era tener a los mejores talentos de ingeniería de cara al desarrollo de la IA y, por supuesto, de la tecnología automotriz y aeroespacial, aunque esto no gustó a los sectores más populistas del MAGA. El segundo, la imposición del marco arancelario diseñado para penalizar a los principales exportadores hacia EE.UU., algo que, por su parte, tampoco gustó a las empresas tecnológicas, como las de Musk, que siempre han criticado medidas de esta naturaleza en el pasado en tanto en cuanto advertían que aumentarían los costes de la producción nacional para los fabricantes de alta tecnología, como era el caso de Tesla.

La derecha libertaria y la derecha nacionalista que se habían unido para ser más fuertes chocaban estrepitosamente en cuanto se comenzaban a adoptar medidas que confrontaban a uno y a otro. La gota que colmó el vaso fue el “One Big Beautiful Bill”, el plan de recortes de impuestos a las clases medias y la promesa de reducción del déficit, celebrado por la pata populista MAGA. Por su parte, como no podía ser de otro modo, Musk no quedó contento con la reducción de los incentivos a las energías limpias y las subvenciones a los vehículos eléctricos. A partir de aquí, la alianza entre libertarios y nacionalistas quedó totalmente quebrada. Musk regresó a sus negocios.

De este modo, la salida abrupta y tormentosa de Musk ha dejado en evidencia varias cuestiones. La primera, que la alianza entre Trump y los tecnolibertarios fue siempre una alianza táctica y no ideológica, simbiótica. Ahí los de Silicon Valley podían aprovechar el debilitamiento del Estado federal bajo Trump para expandir sus proyectos. Lo que se observa en la ruptura con Musk es que, si bien esto puede servir para el corto plazo, en el medio y largo plazo el nacional conservadurismo de Trump ha colisionado con una visión apátrida, algorítmica y voluntarista del mundo tecnolibertario. La unión de ambos mundos solo sirve para avanzar en el colapso del orden liberal, tanto en el plano doméstico como en el internacional, la principal diferencia entre ambos estriba en que Trump busca más una reforma del sistema, mientras que los tecnolibertarios son más rupturistas y revolucionarios y buscan la creación de un nuevo orden, uno al margen del existente.



Donald Trump y Elon Musk participan juntos en una rueda de prensa en el Despacho Oval para presentar resultados de DOGE el 30 de mayo de 2025.

Foto: White House

Referencias

- Bratton, Benjamin H. *The Stack: On Software and Sovereignty*. MIT Press, 2016.
- Morozov, Evgeny. "Critique of Techno-Feudal Reason". *New Left Review* nº 133-134, 2022, <https://newleftreview.org/issues/ii133/articles/evgeny-morozov-critique-of-techno-feudal-reason>.

- Srnicek, Nick. *Platform Capitalism*. Polity Press, 2016.
- Sunstein, Cass R. *#Republic: Divided Democracy in the Age of Social Media*. Princeton University Press, 2017.
- Varoufakis, Yanis. *Technofeudalism: What Killed Capitalism*. The Bodley Head, 2023.